

Newton Compton Editores

© 2026, Joan Barbero. Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con
Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-02-5

DL: B 16.708-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Brioworkx

Impreso en enero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Joan Barbero

El monasterio de la rosa negra



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

A mi hermana

PRIMERA PARTE

Burgos, 1200

CAPÍTULO I

La tierra estaba completamente helada. Cada golpe de azada era un suplicio para los labriegos, que se esforzaban en retirar el arbusto marchito que había recibido a los peregrinos de la hospedería durante años. Debían sustituirlo por un naranjo en flor que la abadesa, doña Elvira, había hecho traer del Reino de Murcia en un carro construido expresamente para su transporte. Aunque había viajado envuelto en telas que lo protegían del viento helado y rodeado de braseros encendidos día y noche para evitar que echara de menos el calor del Mediterráneo, a nadie se le escapaba que este capricho de su señora no sobreviviría al invierno castellano. Sin embargo, nada importaba mientras cumpliera su función: impresionar a los refinados visitantes extranjeros que estaban a punto de llegar.

Ansiosos por terminar su cometido y resguardarse en sus casas, los más fornidos de la cuadrilla agarraron el tronco y tiraron con fuerza. Tras un primer intento fallido que solo sirvió para llagarse las manos, lograron que la tierra fuera cediendo. Con un último esfuerzo lo arrancaron de cuajo. Sus gritos de júbilo se oyeron en todo el monasterio.

También su silencio cuando comprobaron aterrorizados que, junto a las raíces, habían sacado a la luz un esqueleto humano de cuyo vientre parecía haber brotado el arbusto desahuciado.

A la entrada del monasterio el frío era insoportable. «Mejor», pensó doña Elvira. Se volvió hacia la reina, que temblaba de arriba abajo pese al manto de pieles con capucha con el que se protegía y que apenas dejaba ver su otrora bello rostro y su melena pajiza. También las pobres infantas, tan rubias como su madre, tiritaban y se mecían ante cada embestida del viento glacial que se colaba entre las costuras de sus ropajes, bordados con hilos dorados. «Pero el oro no abriga», filosofó doña Elvira. Solo ella permanecía con la dignidad que exigía la ocasión. Había conocido muchos inviernos tras aquellos muros y nunca nadie la había oído emitir la menor queja. Quizá por ello la habían elegido abadesa a pesar de su juventud. O quizá no. La única extravagancia que se le conocía era prender de su hábito una insólita flor que cultivaba en el claustro. Casi azabache cuando estaba fresca, al secarse sus pétalos se volvían de un granate violento sin mostrar signos de decadencia, como si fuera inmortal. Esta particularidad le permitía lucirla en las grandes ocasiones durante todo el año. No era un adorno, sino un recordatorio. Con casi las mismas potestades que un obispo, el estatus de la abadesa era tan singular como aquella especie de rosa negra. ¿Qué otra religiosa podía presumir de rendir cuentas solo ante el papa y el rey de Castilla?

Doña Elvira y la familia real se habían colocado en fila en el patio de entrada para recibir a la ilustre visitante: Leonor de Aquitania. Aunque posiblemente «ilustre» no fuera la palabra más adecuada para describir a aquella valiente duquesa que había acompañado a su primer marido a las Cruzadas y, sin embargo, a las puertas de Jerusalén dejó a un lado su pudor y lo sustituyó en el lecho conyugal por su tío; una de las damas más ricas de la cristiandad, que no había dudado en azuzar a sus hijos para que entraran en guerra contra su propio padre. Leonor, vieja reina de Francia y de Inglaterra,

sofisticada para unos, extravagante para todos y condenada al infierno para Dios.

El portero, que tenía la vista puesta en el camino, se volvió hacia la abadesa y gritó con voz ronca:

—¡Ya vienen!

Un rumor de voces femeninas rompió el silencio del patio nevado. Procedían de las celdas de las dueñas, las aristocráticas monjas del cenobio. La abadesa se las imaginó corriendo de una ventana a otra, esforzándose por ser las primeras en atisbar en el horizonte la comitiva. Se decía que Leonor de Aquitania se había hecho acompañar por los obispos de veinte villas; no en vano era la madre de Leonor Plantagenet, la reina inglesa de Castilla. Y, sin embargo, el rey Alfonso no estaba allí para recibirla...

Los murmullos fueron ganando intensidad a medida que el tiempo pasaba y crecía la excitación de las religiosas y las freilas, sin que el origen noble de las primeras las distinguiera de sus criadas. «La frivolidad no distingue de cunas», reflexionó la abadesa mientras dejaba que el aire gélido llenara sus pulmones, preparándose para recibir a aquella mujer legendaria.

A los cuchicheos se sumó el ruido de los cascos de caballo golpeando contra el hielo del camino. Estaban cerca. La reina Leonor hizo un gesto al portero para que abriera la puerta del monasterio. Sin embargo, el hombretón dudó. Con la mirada buscó los ojos de la abadesa. Doña Elvira asintió levemente y, ahora sí, el hombre obedeció la orden. La reina se volvió hacia la religiosa con un rictus tan helado como el viento que sacudía su manto.

Los primeros jinetes aparecieron al poco e inundaron el patio de caballos agotados y palabras dichas en aquellas lenguas que hablaban al otro lado de los Pirineos y que los trovadores habían convertido en el vehículo perfecto para sus canciones de amor.

Finalmente llegó el carruaje. La reina y sus hijas se adelantaron. Un criado se apeó para ayudar a bajar a la duquesa. Pasó un segundo antes de que una voluptuosa cascada de terciopelo carmesí asomara por la puerta, enmarcando un rostro arrugado y cubierto de afeites y polvo. Aquella anciana de ochenta años conservaba poco de su reputada belleza, aunque mantenía toda la fuerza de sus ojos de acero. La reina Leonor fue la primera en besarle la mano y a continuación la imitaron sus hijas: Urraca, Blanca, la otra Leonor, Mafalda y Constanza.

La duquesa se detuvo unos segundos frente a cada una de sus nietas, estudiándolas con el interés de un mercader de gemas más que con el afecto de una abuela. Las infantas mantenían la cabeza gacha, incómodas, incapaces de sostener la mirada de aquella mujer enviada para decidir el destino de una de ellas.

Cuando la anciana dama dio por finalizado el examen, se volvió a su hija y le habló en latín:

—Decidiremos mañana.

La abadesa creyó que había llegado el momento de presentarse.

—Sed bienvenida al monasterio de Santa María la Real. Soy la abadesa, doña Elvira...

La duquesa se fijó en la oscura flor que lucía sobre su hábito y se volvió bruscamente hacia su hija Leonor:

—¿Es esta?

La reina asintió. La duquesa y su hija clavaron sus ojos llenos de desprecio en la abadesa. Urraca, la nieta mayor de la vieja duquesa, de apenas trece años, se creyó obligada a imitar a su abuela y a su madre, y lo mismo hicieron sus hermanas. Una tras otra, las niñas se volvieron hacia doña Elvira con odio impostado.

La monarca hizo un gesto a su madre para que la acompañara al palacio cercano. La comitiva de nobles, clérigos y

caballeros las siguió. Pasaron por delante de la hospedería, decorada precipitadamente con valiosos tapices que ocultaban el reciente y macabro descubrimiento.

Doña Elvira se quedó sola en el patio, inmóvil, esforzándose por disimular su quebranto. La abadesa sintió que todo el monasterio, todo Burgos, la miraba con los ojos de aquellas mujeres. «¿Es esta?». La frase retumbaba en sus oídos. A sus casi treinta años, acababa de aprender que el resentimiento se podía heredar, igual que una corona o una villa. Podía pasar de padres a hijos sin que ni siquiera fuera necesario recordar su origen, la afrenta que dio pie a todo ese rencor.

La música de los trovadores procedente de la hospedería competía con el aullido del viento. Hasta los aposentos privados de doña Elvira llegaban los versos de amores inalcanzables entre bravos caballeros y gentiles damas casadas que se dejaban tentar por solemnes promesas. Había oscurecido. Los criados prendieron antorchas en el patio por donde las dueñas del monasterio se dirigían a la hospedería engalanadas para la ocasión, ocultando el humilde hábito blanco de paño, que habían tomado sin ninguna devoción, con ricos mantos bordados y cruces cuajadas de rubíes que hablaban más de la riqueza de su linaje que de la piedad de su propietaria. Alguna religiosa, llevada por su afán de ostentación, se atrevía a fingir una cojera recién adquirida para justificar el uso de un magnífico bastón con empuñadura de marfil, el bien máspreciado de su arcón.

Aquella música transportaba a las damas a épocas pasadas en los palacios de sus familias, momentos idealizados en su memoria, convertidos en pequeños tesoros de los que presumir y con los que competir en voz baja con las otras religiosas, entre bostezo y bostezo, en sus paseos por el claustro.

La abadesa contempló momentáneamente su imagen en la

retícula de cristales de la ventana. La cogulla blanca, muy ceñida a la cintura con un cordón, el escapulario negro, el tocado blanco y el velo negro aparecían y desaparecían del cristal acompasadamente al vaivén de la llama de una vela.

Doña Elvira se apartó de la ventana cuando oyó que alguien se acercaba. Eran pasos de hombre. No tardó en entrar fray Diego. Era de las pocas personas en las que podía confiar. Y, sin embargo, no siempre lo hacía.

—Acabo de llegar de Burgos. ¿Es como dicen? —preguntó con su mirada de niño, a pesar de las arrugas que empezaban a matizar su rostro.

Doña Elvira comprendió que nadie le había puesto al corriente del desplante sufrido horas antes en el patio.

—Más vieja.

Fray Diego sonrió como si fuera una buena noticia.

—El obispo de Burgos llegará en cualquier momento.

Doña Elvira se volvió y clavó en él sus ojos negros, furiosa.

—Que el portero no le deje pasar.

El gesto de estupefacción de fray Diego no la sorprendió. Era un hombre de trato agradable, negociador eficaz, sin enemigos conocidos. Todo lo contrario que ella.

—Señora, no puede... Lo acompaña el legado del santo padre...

—¡Claro que puedo! —lo interrumpió doña Elvira sin disimular su rabia—. ¡Soy la abadesa de Santa María la Real, humilde sierva del Señor!

Fray Diego prefirió no insistir. Algo había provocado la ira de doña Elvira y tarde o temprano lo acabaría averiguando; no en vano era su confesor.

—¿Qué ha dicho la duquesa del naranjo en flor?

—No lo ha visto ni creo que lo vea.

Ante la mirada interrogante del sacerdote, no tuvo más remedio que explicarse:

—La cuadrilla que tenía que plantarlo ha encontrado un esqueleto.

—¿Cómo? —preguntó fray Diego, perplejo.

—Lo que oís. Por lo que quedaba de sus ropas no parecía un campesino. No me parece prudente permitir que nuestras visitas ni el obispo o el nuncio se paseen por nuestra casa mientras no lo hayamos hecho desaparecer.

—¿Quién era?

—¿Qué más da? Lo grave no es que muriera, sino que haya aparecido.

—Pero ¿cómo es posible que estuviera allí?

—Decídmelo vos.

El tono de su señora era más un reproche que una pregunta.

—Lo averiguaré —se apresuró a decir fray Diego.

No añadió nada más. Oía cada vez más cerca el eco de las zancadas atolondradas y el jadeo exhausto de sor Inés, que llamaba a la abadesa:

—¡Doña Elvira! ¡Doña Elvira!

Enseguida asomó por la puerta entreabierta el rostro redondo y encarnado, al borde de la asfixia. Al percatarse sor Inés de que el clérigo estaba en la estancia, enmudeció.

La monja, una navarra de treinta años que doblaba en peso a cualquier otra mujer de Castilla, se enorgullecía de ser, a pesar de sus castigadas piernas, la más rápida en trasladar los chismes y las habladurías del monasterio hasta las habitaciones de la abadesa. Solo una persona competía con ella en esa santa misión: fray Diego. La enemistad entre él y sor Inés, infantil e inofensiva, era un secreto a voces.

Sin embargo, la monja tenía un sólido motivo para ver con malos ojos al sacerdote. A sor Inés le dolía que la cercanía entre el cura y la abadesa convirtiera a esta en la diana de los comentarios maliciosos que corrían de boca en boca entre las habitantes del monasterio, hambrientas de cualquier rumor

que pudiera sacarlas de la monotonía de sus existencias. Aunque fray Diego era un hombre de Dios, para aquellas monjas era ante todo un hombre.

Antes de que la hermana pudiera decir nada, la abadesa se adelantó:

—Fray Diego ya me ha informado de que su excelencia don Juan de Lara solicita permiso para visitarnos.

Los vivos ojillos de sor Inés se abrieron un poco más de lo habitual.

—¿El obispo también?

Doña Elvira hizo un gesto impaciente a la hermana.

—¿«También»?

—Tenéis otra visita. Es don Pedro de Alarcón con sus hijas. Le he dicho que ya os habíais retirado y que fuera a Burgos porque en la hospedería no tenemos sitio con el séquito de la duquesa... Pero ha insistido mucho y dice que una de sus hijas no está bien.

—Lo recibiré —dijo la abadesa para atajar mayores explicaciones.

Sor Inés salió, cuidándose de dejar la puerta abierta de par en par. No había que dar munición a las malas lenguas.

Fray Diego esperó a que los pasos y tropiezos de la navarra cesaran de retumbar por el enlosado del pasillo antes de atreverse a protestar:

—¿Recibís a un hijodalgo y prohibís la entrada al obispo de Burgos? Lo tomará como una humillación...

—Y no irá errado. Quizá se le quiten las ganas de pleitear por los diezmos.

Era cierto que los litigios entre el obispo y la abadía eran constantes debido a los privilegios que la Corona había concedido al monasterio, por los cuales cualquier donación o compra de patrimonio hecha por Santa María la Real dejaba de tributar impuestos al obispado. El anterior prelado había

soportado la mengua de rentas con paciencia, pero el nuevo obispo estaba decidido a poner fin a lo que consideraba una pésima decisión del rey.

Doña Elvira se volvió hacia la ventana. Ahora el patio estaba iluminado con más antorchas que estrellas había en el cielo.

—Que las dueñas de visita en la hospedería se recojan en sus celdas. Tanta luz las ha confundido. Parece de día y no lo es.

—Hace mucho que no escuchaban música, excelencia —las justificó el padre.

—Cada día en la misa, y en los maitines y en las vísperas.

—Pero estas son canciones... distintas.

—¿Y por ello mejores?

Fray Diego comprendió que no valía la pena seguir discutiendo.

—Se hará como deseéis, pero os ruego que reconsideréis vuestra decisión sobre el obispo y el legado del papa. Tendrá consecuencias. Y graves.

—¡Eso espero! —zanjó abruptamente la abadesa.

Fray Diego asintió, dolido. Doña Elvira suspiró. Estaba siendo injusta con la persona que más la apreciaba, su mejor aliado. Trató de dulcificar el tono:

—Solo estoy obligada a cumplir la voluntad del rey.

Fray Diego se volvió desde la puerta.

—Y la de Dios.

Doña Elvira sonrió.

—¿Acaso no es la misma?

CAPÍTULO II

Don Pedro de Alarcón espoleó su caballo y entró seguido por su pequeña comitiva. María, su hija menor, montada en la mula que la había traído desde la hacienda familiar, a un día de camino, miraba asombrada, con sus diez años recién cumplidos, la intensa claridad que bañaba el patio de la abadía. Sin embargo, la magia de la luz duró poco: una docena de criados avisados por fray Diego salieron de la hospedería y se apresuraron a apagar las antorchas, como niños traviesos a la caza de luciérnagas.

Don Pedro volvió la mirada atrás. Su hija mayor, Cristina, seguía en el exterior, sin aparente intención de entrar. El noble se apeó de su montura y avanzó hacia ella, furioso. La joven quiso dar media vuelta, pero su padre se apoderó de las riendas de su caballo y tiró con fuerza para retenerla.

—¿Vas a deshonrarme incluso aquí, a los ojos de Dios?

La oscuridad no le dejaba ver bien el rostro de su hija, medio oculto por el manto, pero adivinaba sus sollozos. Llevaba días llorando sin descanso. Pero, si alguna vez le habían conmovido sus lágrimas, ahora solo conseguían exasperarlo.

Ya en el patio, el padre cogió a su hija mayor de la cintura y la obligó a bajar del caballo sin ningún miramiento. La joven apenas pudo mantener el equilibrio al poner los pies en el suelo. Solo la rápida intervención de su hermana pequeña

impidió que sus huesos fueran a dar con el hielo que serpenteaba entre las piedras del pavimento. Sor Inés los esperaba impaciente tras la cancela para acompañarlos hasta las dependencias privadas de su ilustrísima la abadesa.

El portero procedía ya a cerrar el portón del monasterio cuando empezó a oírse el galope de otras monturas. El sirviente se volvió hacia la monja, que gesticulaba enérgicamente urgiéndole a impedir la entrada a nuevos visitantes.

—¡Rápido, rápido!

—Pero, doña, ¡es el obispo! —gritó el pobre hombre, temiendo un castigo más humano que divino.

—¡Con más motivo! ¡Cierra, imbécil!

Don Pedro miró a sor Inés, escandalizado. La navarra le sonrió levemente, haciendo gala de su conocida habilidad para ignorar cuanto le convenía.

—Vamos, su ilustrísima lo está esperando —anunció la monja, más impaciente que amable.

Con un enérgico gesto, don Pedro conminó a su hija mayor a seguirlo. María tomó la mano de su hermana y la apretó con fuerza, buscando su propia tranquilidad, impresionada por todo lo que estaba descubriendo aquella noche. Nunca imaginó que nadie pudiera impedir la entrada a un obispo ni que existiera una mujer tan voluminosa como sor Inés. Y, sin embargo, estas eran las menores de las maravillas que el destino deparaba a la joven María tras las puertas que acababa de franquear.

Sor Inés hizo pasar a don Pedro y a sus hijas a los aposentos privados de la abadesa. María miraba todo aquel lujo con los ojos muy abiertos: los magníficos tapices de colores imposibles que cubrían prácticamente todos los muros, las enormes alfombras árabes como prados de flores, el gran crucifijo de plata que presidía una mesa bizantina sobre la que

descansaban arquetas de oro y piedras preciosas tornasoladas. Pero lo que la dejó sin habla fue descubrir en el pecho de su anfitriona una de las míticas rosas negras de las que hasta una niña como ella había oído hablar. No era como la había imaginado: sus pétalos oscuros parecían láminas de sangre coagulada. Sintió un escalofrío.

Doña Elvira no prestó atención a sus visitantes. De pie junto a la ventana, estaba pendiente del portón del patio. Adivinaba la indignación del obispo, su voz ronca exigiendo que lo dejaran pasar, su vergüenza ante la evidencia de que esta humillación llegaría a oídos de Roma y de toda la cristiandad. Fray Diego tenía razón: esta afrenta tendría consecuencias. Sonrió satisfecha.

—Ilustrísima... —se atrevió a murmurar sor Inés, con prevención.

Doña Elvira se volvió hacia las visitas. Les dio la bienvenida y los invitó a sentarse. Don Pedro fue el primero en tomar asiento y con un gesto ordenó a sus hijas a que lo imitaran. La abadesa señaló la jarra de vino. Sor Inés se apresuró a llenar cuatro delicadas copas de plata dorada, que ofreció a los recién llegados antes de abandonar la sala.

Don Pedro apuró su bebida de un trago. La abadesa paladeaba el vino mientras el hombre hilvanaba un anodino discurso elogiando la superior caridad, piedad y demás virtudes que adornaban a doña Elvira. Entretanto, ella estudiaba a las niñas. ¿Qué llevaba a un hijodalgo a presentarse con sus hijas en el monasterio en mitad de la noche más fría que nadie recordaba en Burgos? Se fijó en la mayor. Cristina no tendría más de dieciséis años. No era especialmente bonita y las marcas violáceas que tachonaban su rostro no ayudaban a realzar sus pobres dones. La mirada triste de la joven hizo comprender a la abadesa que los morados no eran producto de una enfermedad, sino de los golpes de su padre. Doña

Elvira asentía mecánicamente para hacer creer a don Pedro que seguía con interés su aburrido discurso. El hombre, animado, se levantó y empezó a pasearse por la sala gesticulando para dar mayor dramatismo a sus palabras.

Doña Elvira lo dejó hacer. Sus hijas le parecían infinitamente más interesantes. Cuando acabó de ponderar cada detalle de Cristina, se centró en la hermana pequeña. Descubrió sorprendida que María, achispada por el vino, la miraba con los ojos muy abiertos. Pero no con admiración ni respeto, ni siquiera con odio, sino con algo mucho más detestable en una futura dama: curiosidad.

—Por eso no me ha quedado otra salida que recurrir a vos —dijo el hijodalgo, concluyendo su larga perorata—. A ver si su ilustrísima consigue hacerla entrar en razón. Yo lo he intentado todo...

—Resulta evidente —apostilló la abadesa, que señaló los moratones de la hija.

El tono ligeramente crítico puso a la defensiva al noble.

—Ese matrimonio es lo mejor que le podía pasar a nuestro linaje y esta necia se niega a recibir como marido a don Manrique —protestó el hombre.

—Don Manrique y sus seis mil ovejas y los molinos de Olmedo y Zúñiga —añadió doña Elvira. Se volvió a la joven—: ¿Cómo te llamas?

Apenas un susurro ininteligible salió de los labios de la muchacha. Don Pedro golpeó con su bastón en el suelo.

—¡Habla con respeto a su ilustrísima, desagradecida! —vociferó exasperado.

Cristina cruzó los brazos sobre su cabeza para protegerse de la furia de su padre. Doña Elvira intervino sin levantar la voz:

—Le ruego que se siente, don Pedro —ordenó la abadesa mientras señalaba una espléndida silla árabe de cuero repujado, regalo del rey a su antecesora en el cargo.

Don Pedro obedeció con el rostro contraído, avergonzado por el comportamiento de su primogénita. Doña Elvira siguió hablando a la joven con dulzura:

—¿Cómo te llamas, criatura?

Ella levantó la mirada tímidamente.

—Cristina.

—Y dime, ¿por qué no quieres casarte con don Manrique?

La joven volvió a bajar la cabeza y rompió a llorar. Su padre resopló, hastiado. «¡Otra vez no!», pensó.

—No puedo casarme con él ni con nadie porque... solo puedo entregarme a una persona. A Jesús de la Santa Cruz. Madre, quiero tomar los hábitos, ¡quiero ser monja como vos!

—¡Ya la oye! —estalló su padre, convencido de que su hija había perdido la cabeza.

Doña Elvira no sentía la menor simpatía por don Pedro y por eso no se esforzó en dulcificar su tono cuando le dijo:

—Desde hace ya algunos años, el santo padre vela para que ninguna mujer sea obligada a casarse contra su voluntad. Me cuesta creer que un caballero como vos no esté al corriente.

Don Pedro carraspeó. No podía creer que la abadesa se pusiera de parte de su hija y en contra de un matrimonio que la haría rica a ella e inmensamente influyente a él.

Sin apartar la vista de la muchacha, la abadesa señaló la puerta al padre.

—Déjeme que hable con su hija.

—Su ilustrísima, se lo ruego. Convénzala de que es lo mejor para todos. A veces temo que esté endemoniada...

La abadesa repitió la orden con tono imperativo:

—Fuera.

En cuanto se quedaron a solas, doña Elvira colocó su mano bajo la barbilla de Cristina y la obligó suavemente a levantar la cabeza para estudiar sus facciones, ahora de cerca.

—No eres bonita. Has tenido suerte de que don Manrique se fijara en ti.

—Para ser la esposa del Señor... no hace falta...

—¡No digas sandeces! —la frenó doña Elvira—. Sabes tan bien como yo que te casarás con don Manrique. Es la voluntad de don Pedro...

—¡Pero vos acabáis de decir que el santo padre...! —protestó la chica.

—¡El santo padre está en Roma! Pero el tuyo está al otro lado de la puerta —la interrumpió, enérgica, la abadesa.

Cristina estalló en unos sollozos que la superiora cortó de raíz.

—Llorar nunca ha servido de nada. Beber tampoco, pero al menos hace entrar en calor.

La joven tomó un tímido sorbo del vino, que no había probado hasta entonces.

—Todo.

Cristina apuró la copa.

Doña Elvira suspiró.

—¿Quieres entrar en un convento? Cásate con tu pretendiente. ¿Qué es, cuarenta años mayor que tú? No durará mucho. Es pendenciero. Desde que fue armado caballero no se ha perdido una batalla, ya sea contra los infieles o contra nuestros vecinos cristianos. Pronto serás viuda. Cásate y, cuando el Señor tenga a bien llevarse a tu marido, nosotras te recibiremos con los brazos abiertos. A ti, a tus seis mil ovejas y tus dos molinos.

La muchacha la miró, suplicante.

—¡Quiero morir virgen, como una santa!

—No todas las santas son vírgenes ni todas las vírgenes son santas. Ve a buscar a tu padre y dile que aceptas ese matrimonio y que lamentas todo el sufrimiento que le has causado.

Con dificultad, la joven se puso en pie. Caminó vacilante

hasta la puerta. En la negrura del pasillo, la esperaba ansioso don Pedro y, tras él, la pequeña María, con el corazón desbocado y anhelando conocer el resultado de la conversación entre aquella poderosa mujer y su hermana.

—Padre, yo... —balbuceó Cristina.

Don Pedro la miraba expectante. La joven, mareada por el viaje, el alcohol y el vuelco que había dado su vida en apenas un minuto, sintió la inminencia de una arcada. Se apartó, pero su padre la cogió por los brazos y la sacudió con violencia.

—¡Habla!

—Seré la esposa de don Manrique y os ruego que...

No terminó la frase. Un incontrolable vómito la hizo doblarse hacia delante. Su padre apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado. Don Pedro se dejó caer de rodillas y ahora era él quien sollozaba como un niño, dando gracias al cielo por salvar el alma de su hija y la hacienda de su casa.

María miraba impresionada cómo su hermana expulsaba sus demonios sobre el enlosado mientras doña Elvira, la ilustrísima abadesa de Santa María la Real, la artífice del milagro que acababa de presenciar, se servía otra copa de vino en aquellos aposentos que no envidiaban los de una reina.

Fray Diego había salido al patio ante la insistencia del portero, asustado por la vehemencia de las amenazas del obispo de Burgos, don Juan de Lara. El sacerdote llegó a la carrera hasta la puerta donde el prelado y su ilustre acompañante, D'Angelo, legado del papa, esperaban furiosos.

—Fray Diego, decidle a este necio que nos permita entrar. Venimos a presentar nuestros respetos a la reina y a su madre, la duquesa de Aquitania.

Fray Diego bajó la cabeza, avergonzado.

—Me temo que no será posible. Su ilustrísima la abadesa no lo permite.

Don Juan de Lara no estaba acostumbrado a que sus deseos no se tuvieran en consideración, incluso mucho antes de recibir la mitra. Su mayor mérito para obtener el cargo era ser hijo de uno de los tutores del rey Alfonso durante su minoría de edad y haber compartido con el monarca casa, juegos y confidencias. Ya siendo adultos, don Juan había acompañado al rey en varias guerras donde su ardor guerrero resonaba más en la retaguardia que en el frente.

Pero si algo marcó la vida del obispo fue la batalla de Alarcos, cinco años atrás. Pocas horas antes de la humillante derrota del ejército castellano frente a las tropas musulmanas, don Juan cayó del caballo y se fracturó la pierna. Aunque insistió en que lo ataran a su montura para participar en la lucha, el rey ordenó que lo llevaran de vuelta a su tienda. De aquel día arrastraba una leve cojera y el ignominioso honor de ser el único caballero de Castilla que no sufrió la derrota ante los infieles.

Poco después, en atención a los servicios que su padre había prodigado a la Corona, el rey tuvo a bien nombrarlo obispo de Burgos y desde aquel día don Juan se había asegurado de que nadie le recordara su pobre desempeño en la batalla de Alarcos bajo amenaza de excomuniación.

—¿Qué sinsentido es este? ¿Acaso tenéis algo que ocultar? —bramó el ofendido prelado.

Fray Diego enmudeció. ¿Era posible que don Juan estuviera al corriente del reciente hallazgo?

—¡Os ordeno que abráis! Soy vuestro obispo. Me debéis obediencia —insistió a voz en grito.

—Fuera de estos muros quizá, pero aquí dentro es la voluntad de la ilustrísima abadesa la que debo acatar, mal que me pese —respondió educadamente fray Diego.

—¿Acaso no sabéis quién es vuestra doña Elvira? —escupió don Juan de Lara.

Por supuesto que fray Diego sabía quién era y también lo que el prelado pretendía decir con su tono ofensivo. No era la primera vez que el confesor oía algo así, pero por alguna razón esta vez la provocación había conseguido arrinconar su habitual templanza. La sangre le hervía y temía no ser capaz de controlar su lengua.

D'Angelo se unió a la protesta, ajeno a la lucha interna de fray Diego por anteponer la razón a su imperioso deseo de defender a doña Elvira.

—Represento al santo padre. ¿También vais a cuestionar su autoridad? —dijo el legado con orgullo herido.

—No me atrevería. Eso se lo dejo al rey —replicó cortante fray Diego.

Y volvió al monasterio agradeciendo que el rugido del viento le ahorrara oír la retahíla de insultos e improperios que salieron de las gargantas del obispo y el legado hasta dejarlos sin voz y exhaustos.

Sor Inés cogió con sus poderosos brazos a la pobre Cristina y la izó como a un saco de legumbres.

—Venid conmigo —ordenó a la hermana menor.

Aunque era trabajo de freila, y no de una dama como ella, atender las necesidades cotidianas de la superiora y de sus invitados, la navarra se prestaba a arremangarse el hábito para cualquier tarea que implicara estar cerca de la abadesa. Había aprendido de su padre, un influyente barón de Pamplona, que el favor de los poderosos había que ganárselo día a día y que nada te hacía más valioso a los ojos de tu señor que conocer sus debilidades más íntimas y respetarlas. Era más rentable vaciar sus bacinillas que reír a carcajadas sus ocurrencias.

Sor Inés se llevó a la desfallecida Cristina y a su hermana pequeña a las habitaciones de las freilas donde pasarían la noche.

La abadesa todavía tenía pendiente un tema que tratar con el padre de las niñas. Un asunto que le rondaba por la cabeza desde hacía tiempo.

—Entre vuestros cargos sois merino en Villanueva de las Almenas, tengo entendido.

Don Pedro asintió.

—El rey tuvo a bien concederme esa merced hace ocho años. Aunque no he tenido que intervenir mucho: los vasallos son gente pacífica que paga sus diezmos y sus señores no litigan por las lindes desde hace años.

La abadesa sonrió.

—No os quitéis méritos. Un juez demuestra su valía no solo en los juicios, sino también evitándolos.

—Es cierto, pero en este caso no es falsa modestia, sino la realidad.

Doña Elvira volvió a sentarse tras su mesa. Abrió una arqueta esmaltada, de la que sacó un fragmento de hueso con un aparatoso remate de zafiros y perlas.

—¿Sabéis qué es?

Don Pedro se santiguó. Era evidente que se trataba de una reliquia, posiblemente restos del santo que había obrado el milagro de cambiar la decisión de su hija mayor.

—No hagáis tantos aspavientos. No es más que un hueso. Todos nacemos con ellos. Dicen que es de santa Ana, pero podría ser perfectamente de cualquier peregrino que no hubiera podido llegar hasta Santiago. Si algo abunda en el camino son los enfermos. —Y, contemplando el hueso amarillento pulido, continuó—: Lo custodiaban las monjas del convento de Gradefes como si fuera su mayor tesoro. Tendríais que ver las lágrimas que derramaron cuando mis oficiales lo trajeron a Santa María.

—Parece que no le tenéis demasiada estima —se atrevió a comentar el viejo don Pedro.

—Ni a este despojo ni a ese convento. La abadesa de Gradenfes se niega a acatar mi autoridad sobre su comunidad a pesar de todas las cartas que le hemos enviado recordándole que no es nuestra voluntad, sino la de nuestro rey, don Alfonso. Todo es inútil. Su empeñamiento las ha llevado a buscar el consejo de quien no quiere su bien ni el nuestro. Las muy necias han recurrido al nuevo obispo de Burgos para reclamar que les sean devueltos los restos de su santa.

—¿Y lo haréis?

Doña Elvira miró con intención a su visitante.

—Solo si vos me obligáis.

El gesto de perplejidad de su interlocutor divirtió a la abadesa. Doña Elvira prosiguió:

—Por los fueros que la Corona otorgó a este monasterio, es mi derecho y deber nombrar merinos que administren justicia en los litigios que afecten a las posesiones de Santa María la Real. ¿Querriáis vos ser juez en este caso?

Don Pedro comprendió que el regalo estaba envenenado. Ponerse de parte de la abadesa representaba ofender a uno de los hombres más poderosos del reino. Don Juan de Lara, el flamante nuevo obispo de Burgos, procedía de uno de los linajes más prestigiosos de Castilla. Era notorio que el prelado nunca había sido muy ducho con las armas y que no era un hombre devoto, pero nadie ponía en duda su refinada habilidad para vengar ofensas.

El silencio de don Pedro no sorprendió a doña Elvira. Si aquel hombre había conseguido que un noble tan rico como don Manrique se fijara en su anodina hija, algo tendría que ver su capacidad para manejarse donde otros mordían el polvo. Ahora, sentado frente a ella, una vez solucionado el problema de una primogénita con vocación de santidad que lo había tenido a mal traer, aparecía la auténtica naturaleza del caballero, más sosegada y, sobre todo, más calculadora.

–Me hacéis un gran honor –respondió finalmente don Pedro.

–Entonces, ¿aceptáis?

La pregunta era una mera cortesía. Nadie podía decir que no a la abadesa. Sin embargo, don Pedro se arriesgó a tantear su suerte:

–A falta de disponer de más información sobre vuestro contencioso, veo claro que la razón os asiste. Y eso me preocupa.

Hizo una pausa y esperó la reacción de doña Elvira. La religiosa no movió un músculo.

–El señor obispo cree tener razón, equivocadamente –se apresuró a puntualizar–. Es un hombre muy cercano al rey...

–¿Qué queréis a cambio? –lo interrumpió la abadesa, deseando poner fin a un día eterno.

–Me preocupa que el obispo pueda ejercer influencia sobre su majestad para perjudicar mi hacienda. No soy un hombre rico y tengo otra hija por casar. Lo poco de que dispongo lo tendré que entregar a don Manrique como arras para la boda de la mayor, pero queda mi pequeña María. ¿Quién la querrá por esposa sin dote? ¿Qué será de ella cuando falte yo?

–Se puede quedar aquí, si ese es vuestro deseo.

La sonrisa de don Pedro le hizo ver que, efectivamente, esa era la respuesta que esperaba.

–Podéis decirle al obispo que ya tenéis juez –anunció el hijodalgo en un tono pretendidamente solemne.

CAPÍTULO III

A dos días de viaje de Burgos, una feroz ventisca azotaba a los tres peregrinos. A lomos de una mula, una extranjera envuelta en un manto negro avanzaba penosamente junto a sus jóvenes sirvientes: un hombre pelirrojo y su mujer embarazada. La nieve les llegaba hasta la cintura y hacía imposible distinguir dónde estuvo una vez el camino.

Para combatir el frío, la extranjera se esforzaba en evocar la cálida tierra que la vio nacer. Como no podía traer a su memoria el perfume de la bergamota, tan irresistible para ella, se conformaba rememorando el reflejo del sol sobre la plácida lámina de agua salada que se veía desde su casa, los jardines rebosantes de limones, de un amarillo tan intenso o de un rojo desafiante. Salerno... El puerto donde se había acostumbrado al sonido de palabras que no entendía, donde se mezclaba el olor del sudor de los marineros con el de las especias que llegaban de todos los rincones del mundo conocido. Era el único lugar que podía competir con el paraíso, en palabras de no pocas de sus gentes. Quizá por ello, cuando la soberbia salernitana le resultaba insufrible, Dios hacía que la tierra temblara para recordar a sus habitantes que eran mortales. En pocos segundos los palacios se resquebrajaban y sus secretos quedaban expuestos a la vista de todo el mundo, como había ocurrido en la familia de la propia siciliana¹.

¹ En esta época, parte del sur de la península itálica, incluyendo Salerno, pertenecía al Reino de Sicilia.

Los ojos se le cerraban, no tanto por el sueño como por el frío que la atenazaba. De pronto sintió una violenta sacudida y el mundo se volvió del revés. ¿Un terremoto? No, simplemente se había caído de su montura. Sus criados acudieron prestos a levantarla. Se resignó a morir congelada, pero la providencia tenía otros planes. A varios metros frente a ellos se distinguía el humo que salía de la chimenea de lo que parecía una posada. La promesa de calentarse ante un fuego les dio la vitalidad que les faltaba para llegar hasta allí.

A medida que se acercaban, pudieron distinguir a una pareja que retozaba junto a la puerta, apenas iluminada por un tímido candil. Al verse sorprendidos, la mujer apartó las manos de su amante, más joven y agraciado que ella.

—¿Qué buscáis? —preguntó desabrida, anunciando ya que no eran bienvenidos.

—Cobijo —respondió la extranjera con su peculiar acento.

—Aquí ya no cabe un alma.

—¿Podríamos hablar con el dueño?

—Ha muerto esta misma mañana. Ha venido todo el pueblo a velarlo.

—Nos conformamos con cualquier rincón —suplicó Beatrice.

La mujer los miró con curiosidad.

—¿Tenéis dinero?

—Suficiente para pagaros el doble del precio habitual.

La posadera se encogió de hombros.

—Si no os importa compartir habitación con el muerto... Hasta mañana no lo enterraremos.

—No será un problema —se apresuró a responder la extranjera.

—Pero ¡doña Beatrice! —protestó su sirvienta.

—En mi vida ningún muerto me ha hecho daño. No puedo decir lo mismo de los vivos —zanjó la siciliana mientras

sacaba de debajo de su manto una bolsa de cuero en la que tintineaban las monedas—. ¿A quién tengo que pagar?

—A mí. Soy la viuda —profirió la mujer con una sonrisa burlesca.

La posadera les abrió la puerta y, tras atravesar un comedor atestado de familiares del finado, los llevó hasta una habitación en penumbra donde se adivinaba la silueta de un hombre maduro sobre una cama, con las manos entrelazadas sobre el pecho. La viuda les entregó el candil y los dejó a su suerte para que se acomodaran. Solo había otro camastro, al que se dirigió la siciliana mientras el pelirrojo y su esposa se resignaban a dormir sobre el suelo. Las piernas entumecidas de Beatrice la hicieron trastabillar. Tropezó con el lecho del difunto. La sacudida hizo que el brazo del cadáver se deslizara sobre el cuerpo y acabara cayendo a plomo. La siciliana apoyó el candil sobre el pecho del muerto y volvió a colocar el brazo en su posición original.

Si el agotamiento de sus sirvientes no los hubiera hecho rendirse al sueño tan pronto cerraron los ojos, podrían haberse percatado de que su señora observaba aquel cuerpo inerte con una mirada inquisitiva. Algo no encajaba. Sin pensárselo, Beatrice empezó a despojar de sus ropas al difunto hasta dejarlo completamente desnudo. Iluminó con el candil su espalda, sus piernas y, finalmente, su cara. A continuación se deshizo de su manto para sentarse a horcajadas sobre el hombre y, sin dudar, acercó el rostro a su boca.

De pronto la puerta se abrió de par en par. La viuda dio paso a unos acongojados familiares que pretendían presentar sus últimos respetos al fallecido. Todos se quedaron helados al contemplar la desconcertante estampa.

—¡¿Qué hacéis?! —chilló la viuda.

Las voces despertaron a los criados, que también se que-

daron atónitos al ver a su señora sobre el cuerpo desnudo del finado.

–No está muerto –afirmó con seguridad Beatrice.

–¿Qué dice esta mujer? –gritó uno de los familiares.

La siciliana no se engañaba: de nada serviría que les contara que alguien que había muerto por la mañana debería presentar un agarrotamiento de miembros que no se daba en ese cadáver y, aunque al tacto su piel estaba fría, no había perdido el color, como ocurría cuando alguien fallecía y el rojo de la sangre se acumulaba en las zonas bajas de su cuerpo. No, ese difunto no presentaba rojeces en la espalda ni en la parte posterior de sus piernas y brazos, y respiraba levemente. Algo había atrapado a aquel infortunado entre la vida y la muerte. Lo había presenciado antes y, aunque desconociera la explicación, estaba segura de que existía una.

La viuda se abalanzó sobre ella para separarla de su marido.

–¡Fuera de aquí, perra!

Beatrice recuperó su manto, consciente de que, una vez más, sus conocimientos la habían puesto en una situación delicada. Los criados, resignados a volver al camino, se incorporaron maldiciendo la hora en que habían elegido ponerse a su servicio.

Cuando se disponían a abandonar el cuartucho, una tos los hizo volverse. El muerto había abierto los ojos y estaba tiritando.

–¡Dadme una manta!

Los familiares del difunto corrieron a abrazarlo profiriendo alabanzas al Señor, que había obrado el milagro de resucitarlo. Su viuda, sin embargo, buscó desesperadamente a su amante entre la muchedumbre que penaba por entrar en el dormitorio para contemplar el prodigio. Localizó al joven abandonando apresuradamente la posada. Su sueño de convertirse en dueña y señora de su propio destino se había esfumado. La posadera clavó sus ojos llenos de odio en

la siciliana, a quien culpaba de su desgracia. Beatrice huyó, pues sabía por experiencia que, si permanecía más tiempo allí, solo conseguiría que confundieran con hechicería lo que para ella no era más que ciencia.

El día despertó como había acabado la víspera. El invierno inclemente azotaba las piedras y a las gentes de un Burgos cubierto por la nieve. Mientras tanto, en el patio de acceso a la hospedería, la cuadrilla que había huido despavorida tras descubrir el esqueleto había sido obligada a retomar su tarea. Ocultos tras la pantalla decorativa de los tapices, los trabajos avanzaban a buen ritmo. Freilas escogidas entre las más discretas trasportaban calderos de agua hirviendo para descongelar la tierra y facilitar el trabajo de las azadas. Sin embargo, tras una noche al raso, el naranjo que debía haber asombrado a los visitantes había perdido todas las flores y sus hojas habían palidecido hasta tornarse prácticamente blancas.

La anciana duquesa Leonor salió del palacio real de las Huelgas, anexo al monasterio y la hospedería, envuelta en su llamativo manto carmesí, seguida de varias de sus damas y de los nobles que la habían acompañado. A su lado caminaba, cogida de su brazo, la reina Leonor, encorvada y aterida. A pesar de contar solo cuarenta años, bajo ese frío polar aparentaba más edad que su madre. A ninguna de las dos las sorprendió ver frente a ellas a aquella figura solitaria que ignoraba la nieve que volvía a caer en gruesos copos. La abadesa, sin más abrigo que su hábito y su orgullo, permanecía de pie, hierática y majestuosa como una escultura pagana.

—Espero que hayáis descansado, majestad —dijo doña Elvira con voz firme.

—Nunca me ha gustado descansar —replicó la vieja dama—. Pero gracias igualmente por vuestros buenos deseos. Espero que vos hayáis disfrutado del frío.

–El Señor me protege.

La ambigüedad de la respuesta hizo sonreír a la anciana. ¿Habla de Dios o del rey, su yerno, que no se había dignado a ir a recibirla a pesar del inmenso favor que estaba a punto de hacer a su familia y al reino?

–No lo pongo en duda –apostilló la duquesa, apartando los copos que empezaban a acumularse en su manto.

La abadesa estaba decidida a alejar a sus visitantes de la zona de excavación hasta que los sepultureros hubieran acabado. Un suceso que en condiciones normales no cruzaría las murallas de Burgos corría el riesgo de magnificarse y convertirse en un escándalo que correría de boca en boca por todas las cortes europeas y que podría dañar la fama del monasterio y de su abadesa. Para evitarlo, doña Elvira había tomado la decisión de comportarse con naturalidad ante los recién llegados, lo cual implicaba que sería tan desafiante y soberbia como todos esperaban de ella.

–Es costumbre que mostremos nuestra humilde casa a las visitas –dijo con gélida cordialidad–. Ayer no fue posible, pero hoy querría tener el honor de acompañarlas.

La reina Leonor no soportaba por más tiempo el frío y replicó con impaciencia, sin poder evitar que le temblara la voz:

–No es necesario.

–Sí que lo es –respondió la duquesa, estudiando con sus ojos afilados las facciones inexpresivas de aquella abadesa. La dama nunca había huido de un enemigo y no iba a cambiar ahora.

Doña Elvira condujo a las dos mujeres y su séquito por los caminos más accidentados e incómodos y aprovechó los lugares más expuestos al viento helado para detenerse en prolijas explicaciones sobre los planes de construcción del nuevo templo, una majestuosa iglesia que había de competir en grandiosidad con otros monasterios de la orden del Císter que se alzaban por toda Europa. Leonor de Aquitania

escuchaba impertérrita mientras la reina tiritaba y apretaba las mandíbulas para no regalar a los oídos de la abadesa su castañetear de dientes.

Viendo el sufrimiento de su hija, la duquesa se volvió hacia la abadesa con su mejor sonrisa y su acento aterciopelado:

—Magnífico todo lo que nos mostráis, pero no querría demorar más los deberes que me han traído hasta aquí. Me gustaría recogerme unos minutos en la iglesia para pedir al Todopoderoso que guíe nuestra decisión.

No se le escapaba a doña Elvira que la dama trataba de llevar a su hija bajo cubierto. Con gentileza les indicó el camino hacia la iglesia, que los reyes habían mandado construir veinte años atrás, cuando decidieron fundar el monasterio cerca del palacio de las Huelgas, en los prados del río Arlanzón.

La reina Leonor se había desvivido durante años para ampliar y embellecer Santa María la Real. Quería que este fuera su legado, una memoria en piedra de su paso por el mundo. Pero su ilusión se quebró cinco años atrás cuando su marido le dijo el nombre de la mujer que había de suceder a la abadesa que acababa de fallecer: doña Elvira.

Camino del templo, la duquesa alabó la flor que su anfitriona lucía en el pecho.

—Había oído que vuestras rosas eran completamente negras.

Doña Elvira le explicó que cuando florecían eran como el carbón, pero se volvían rojizas con el tiempo. Nadie conocía su origen. La planta llegó a Castilla con un cruzado que murió en el Hospital del Rey antes de poder explicar en qué tierras lejanas la había conseguido.

—Aunque muchos dicen que es una rosa, no se parece en nada. Las gentes simples tienden a buscar explicaciones demasiado sencillas para lo que ignoran.

La madre de la reina sonrió.

—Disculpad que me haya dejado llevar por las habladorías.

Fuera de estos muros se os conoce como la Rosa Negra. ¿Por las espinas, quizá?

—Quien me llama así no me conoce —replicó la abadesa, imperturbable. Habían llegado a su destino.

Cuando Leonor de Aquitania entró en la pequeña iglesia, que desbordaba yeserías mozárabes y arcos almohades, se volvió hacia su hija y comentó en voz alta para que todos los presentes la oyeran:

—Se diría una mezquita. Espero que la iglesia que estáis construyendo parezca cristiana.

Leonor se apresuró a excusarse:

—Mi esposo trajo albañiles musulmanes de Toledo.

Sin embargo, doña Elvira sabía que la invectiva iba dirigida en su contra:

—Pierda cuidado, señora —replicó a la anciana—. Será cristiana. Y lo parecerá tanto como vos.

El naranjo trasplantado languidecía frente a la hospedería. El esqueleto había sido convenientemente depositado en un granero en desuso. Fue allí donde uno de los labriegos se percató de que en el precipitado traslado, al cruzar el monasterio, se habían extraviado algunos huesos. Ya no había tiempo para buscarlos y, sobre todo, nadie estaba dispuesto a dar la mala noticia a doña Elvira, así que callaron.

En la sala capitular no cabía ni un alma. Cuatro infantas —Urraca, Blanca, la otra Leonor y la pequeña Mafalda— esperaban a su abuela Leonor. Las acompañaban los orgullosos arzobispos de Burdeos y Tours, los obispos de Poitiers y Saintes y los estirados senescales de Poitou, Gascuña y Anjou junto a sus equivalentes castellanos: el arzobispo de Toledo y los obispos de Palencia y Plasencia, entre otros. Solo faltaba el prelado de Burgos y todos sabían por qué.

En la chimenea ardía apenas un tronco. Los ilustres visi-

tantes habían exigido a la cillerera que trajera más leña. La monja responsable de la intendencia del monasterio se excusó una y mil veces y prometió hacer todo lo posible para caldear la sala antes de que comparecieran las damas. Sin embargo, el tiempo pasaba sin que llegara la madera. El arzobispo de Burdeos caminaba de un lado a otro exigiendo explicaciones. Cansado de sus evasivas y silencios, agarró una silla y la arrojó al fuego justo en el momento en el que entraban la reina Leonor, su madre y doña Elvira.

La abadesa sonrió al arzobispo extranjero.

—Me alegra ver que mis órdenes se han cumplido y sus excelencias se sienten como en su propia casa —dijo señalando la lengua de fuego que rodeaba la pieza de mobiliario.

La duquesa de Aquitania reprimió una sonrisa.

—¿Por qué no han calentado la estancia? ¿Queréis que muramos congelados antes siquiera de empezar? —clamó el arzobispo, fuera de sí.

—Por supuesto que no —respondió con amabilidad doña Elvira—. Normalmente tenemos una provisión de leña para las visitas, pero, conocedoras de la piedad de los aquí presentes, creímos acertado donar en su nombre la madera al Hospital del Rey para calentar a los peregrinos y los pobres.

El arzobispo sentía que la sangre le hervía. ¡Aquella mujer se estaba burlando de él! La rabia no le dejaba pensar con claridad. Buscaba las palabras para darle una contestación a la altura de su petulancia, unas que fueran dignas de ser recordadas durante generaciones. Pero, antes de que el anciano pudiera pasar a la historia por su ingenio y afilada lengua, la duquesa Leonor respondió por él:

—Excelente idea, doña Elvira. Ahora acabemos cuanto antes.

Y extendió una mano a Urraca, la mayor de las infantas, para que la acompañara fuera de la sala. La niña buscó los ojos de su madre, pero la reina le había dado la espalda para

avivar las llamas de la chimenea y conseguir que el color regresara a sus mejillas.

Mientras Leonor paseaba con Urraca entre los arcos y la nieve que cubría el jardín, en la sala capitular los caballeros y clérigos miraban con muy poca caridad cristiana a doña Elvira. La abadesa era consciente de que se encontraba entre enemigos que no le perdonarían que hiciera uso de sus privilegios. Y, precisamente por ello, no pudo resistirse. Elevó las manos al cielo y entonó una plegaria. Los presentes se miraron con estupor. ¿Una mujer iba a dirigir el rezo? ¿Y precisamente aquella? Entonces ocurrió algo que nadie esperaba: la reina se postró de rodillas y rezó con la abadesa. Los caballeros, arzobispos, prelados y senescales fueron imitándola con un crujido de sedas y articulaciones gastadas.

Fuera había dejado de nevar. La anciana duquesa de Aquitania observaba a su nieta de reojo, tomando nota mental de cada detalle: su rígida forma de caminar, la respiración nerviosa, su mirada huidiza, el temblor de sus miembros bajo el lujoso manto bordado con motivos florales. Todo tendría importancia si era la elegida para desposar al heredero del trono de Francia. La candidata tendría que ganarse el respeto de su marido y sus súbditos con su inteligencia, su belleza o su dinero, pero la vieja dama ya había detectado que la mayor de sus nietas casaderas carecía de dos de estos atributos.

—¿Sabes a qué he venido? —preguntó la anciana sin más preámbulo.

La niña asintió con timidez y respondió:

—Sí.

—¿Te gustaría casarte con el heredero de Francia?

Urraca miró a su abuela. Había ensayado las respuestas hasta la náusea con la noble familia a quien su madre había encargado su crianza, como era tradición: la reina necesitaba estar libre para acompañar a su marido, el rey Alfonso, en sus

interminables viajes por Castilla. Sin embargo, a pesar de que hacía mucho que Leonor no se movía de Burgos, no había hecho el menor movimiento para reunir a sus hijos bajo su techo. La relación del rey con su descendencia distaba mucho de ser estrecha. El infante y sus hermanas raramente veían a su padre si no era en la efigie de los nuevos maravedís de oro que el monarca había hecho acuñar y, aun así, les inspiraba un respeto que rayaba el miedo.

La duquesa de Aquitania paseó la vista por el claustro. Sus ojos se posaron sobre un cuervo que miraba con curiosidad un objeto negro indefinible que destacaba en el enlosado a unos pasos de las dos mujeres. Leonor, impaciente, repitió la pregunta más alto y ahuyentó al ave:

—¿Te gustaría casarte con el heredero de Francia?

La infanta Urraca buscó en su memoria la respuesta más adecuada de todas las que le habían hecho aprender, pero se sorprendió a sí misma dejándose vencer por la sinceridad:

—¿Qué más da lo que yo quiera? Mi deber es servir a Castilla —murmuró.

La vieja dama miró a su nieta, decepcionada. Le sorprendía la tristeza de su mirada a una edad tan temprana. Le recordó a la reina Leonor cuando, con nueve años, le comunicaron que debía casarse con el rey de Castilla, cinco años mayor que ella. La misma tristeza que Leonor no había perdido en las tres décadas de matrimonio y los casi diez partos que había encadenado desde entonces.

—Una buena respuesta —mintió la duquesa—. ¿Volvemos? Urraca asintió, atónita ante la brevedad de la conversación. Cuando llegaron a la sala capitular, a doña Leonor no le sorprendió que todos los presentes estuvieran arrodillados rezando, aunque sí le admiró que la única que permaneciera en pie fuese doña Elvira.

Al verlas entrar, la oración dio paso a un rumor nervioso

de comentarios en voz baja. La duquesa extendió su brazo en dirección a la siguiente infanta en orden de edad a quien debía examinar.

–Blanca, ¿verdad?

La interpelada respondió con decisión:

–Sí, majestad.

Y de un salto se plantó en la puerta junto a su abuela y, con familiaridad, la cogió de la mano. «Definitivamente, no ha heredado esa vitalidad de la madre», pensó su abuela.

Leonor repitió el paseo por el claustro y apenas modificó las preguntas:

–¿Por qué querías ser reina de Francia?

–Porque vos me lo pedís –contestó la infanta.

La respuesta despertó la curiosidad de su abuela.

–¿Y quién soy yo?

Blanca la miró, confusa: nadie la había preparado para una pregunta tan directa.

Entonces la duquesa se agachó para recoger el objeto que había llamado la atención del cuervo minutos antes: una falange humana que conservaba adherida una uña ennegrecida. ¿Qué hacía allí? ¿Se trataba de una reliquia abandonada? ¿O debía considerarse indicio de alguna práctica inconfesable?

–No te voy a morder. ¿Quién soy? ¿Una vieja loca? –volvió a preguntarle a su nieta.

Blanca sonrió.

–Vuestra excelencia es... lo que yo quiero ser –afirmó la niña con descaro.

La anciana dejó escapar una carcajada que retumbó en todo el monasterio y que provocó que el hueso que acababa de encontrar se le escurriera entre los dedos. No le dio importancia. Su trabajo allí había terminado.